

Esperanza y psiquismo

Daniel Kersner¹

Un día por fin el hombre obtuvo el fuego. ¿Quién realizó este milagro? Fue un titán llamado Prometeo, quien le roba a Júpiter una parte del fuego y la entrega a los hombres. Para castigarlo, Júpiter ordena a Vulcano crear una mujer que posea todos los dones. Cada deidad le aportará lo suyo y la mujer dominará las artes, el secreto de encantar y la habilidad de seducir por la palabra. Se llamará Pandora y recibirá de Júpiter una caja o ánfora cerrada y una misión: entregar la caja a Prometeo. Este, cuyo nombre significa «el previsor», al sospechar un ardid se niega a recibirla. Le recomienda a su hermano Epimeteo que no acepte nada que provenga de Júpiter. Pero Epimeteo, «el que reflexiona después», queda seducido por Pandora y se casa con ella. Al desposarla abre la caja que Pandora trae como dote. Apenas levanta la tapa, ayudado por los gráciles dedos de Pandora, todos los males que los dioses habían colocado allí se desparraman por la faz de la tierra: angustias y miserias, enfermedades y preocupaciones, guerras y crímenes. En el fondo de la caja queda la esperanza, frenada antes de salir, ya que por orden de Júpiter Pandora cierra la caja.

Este mito nos sitúa en el campo de la esperanza, siempre por-venir. ¿Compensación última de Júpiter ante tanto castigo o parte misma del castigo? ¿Virtud teologal o zanahoria delante del burro? La esperanza reconoce varios derivados: la promesa, los proyectos, la utopía. Comparte con ellos un mismo y particular territorio: el del futuro. Y desde allí trabaja.

En lo social, la esperanza es encarnada de modo privilegiado por la utopía. Así las grandes utopías colectivas y colectivistas nacidas a mediados del siglo XIX representaron la esperanza para millones de personas. Nacida en lo social, como todos los ideales, la utopía vuelve a lo social. Lo social está en su génesis, en su objeto y su fin.

La irrupción de la posmodernidad con su teoría de los fines (fin de la historia, fin de las ideologías, fin de la utopía) a la vez que reemplazó el ideal colectivo de igualdad social por el de la comunicación, elevada a la categoría de un todo omnipotente, clausuró durante las dos últimas décadas el poder movilizador de la utopía. De igual modo, la nacionalidad, la etnia o la religión parecen haberse transformado, cada una de ellas según el caso, en un bien supremo absoluto y excluyente, en el ideal conseguido y consagrado aquí y ahora, en un funcionamiento que remite al yo ideal, infantil, omnipotente e ilusorio.

Sabemos que el yo se relaciona estrechamente con la temporalidad. Necesita poder proyectarse temporalmente, entre otras cosas, para ejercitar su capacidad de autoregeneración. Es más, del acceso a la temporalidad depende la propia existencia del yo: «Acceso a la temporalidad y acceso a una historización de lo experimentado van de la mano: La entrada en escena del yo es al mismo tiempo, entrada en escena de un tiempo historizado» (Aulagnier, 1988).

¿Cómo pensar el fin de la historia en un yo necesariamente historizador e historizado? ¿Cómo puede el yo proyectarse cuando la idea de futuro ha sido clausurada? Es aquí donde

¹ *Psiquiatra, EATIP, Argentina.*

la utopía, como representante social de la esperanza, aparece como una forma de apuntalamiento del psiquismo provista por la cultura.

La utopía nos remite, en su estructura y en sus efectos, al ideal del yo, de quien se muestra solidaria. Este sirve de referencia al yo para apreciar sus realizaciones efectivas, le muestra un modelo y un camino orientándolo y permitiéndole evaluarse. De modo análogo funciona la utopía, nos propone un modelo desde el futuro para trabajar el presente. Es el opuesto a la ilusión (producción central del yo ideal), ya que ésta sustituye a la realidad, mientras que la utopía, al ofrecernos un modelo siempre a alcanzar, nos conecta con el déficit de la realidad y con la necesidad de su transformación. Su secreta eficacia consiste en que la meta es el camino.

Abandonar toda esperanza proponía el Dante en su entrada al infierno; «El que espera desespera» reza el refrán popular; «Basta de realidad, queremos promesas!» exige una pintada callejera; «La esperanza es lo último que se perdió» ironiza una segunda; «La persona ha respondido con un temor, una desesperanza o un horror intensos» describe el DSMIV en sus criterios para diagnosticar el trastorno por estrés postraumático. La esperanza o la falta de esperanza parecen jugar un importante papel en el funcionamiento del aparato psíquico. Si su abandono nos introduce al infierno, o su presencia nos hace tolerar las experiencias más intolerables, no es difícil suponer su papel de apuntalador del psiquismo, ni tampoco relacionar una serie de fenómenos clínicos con su ausencia.

La aparición de una amplia gama de sentimientos que van desde la apatía, pasando por el escepticismo (muchas veces disfrazado de análisis crítico) hasta la resignación, parece estar en relación directa a la falta de esperanza. La ausencia de proyectos, la desvitalización presente en muchos pacientes y la deserotización de vínculos y actividades, incluida la deserotización de la relación con la realidad, fenómenos que suelen manifestarse como falta de compromiso, podrían leerse como la transcripción en la subjetividad de la falta de esperanza: todo será igual, nada cambiará, y como en el trastorno por estrés postraumático todo tiende a repetirse. A esta altura podríamos postular el efecto traumatizante de la falta de esperanza.

Del mismo modo vivencias de vacío, síntomas de depresión larvada o por el contrario, la espectacular sintomatología del ya popular ataque de pánico podrían también ser tributarios de esta problemática.

Pandora se resiste a hacer psicoterapia. A pesar de haber desparramado los males por el mundo, no siente culpa ni remordimientos, es más, ni se acuerda dónde dejó su célebre caja. No le va mal: trabaja en una consultora de imagen que diseña campañas presidenciales. No la agarró el corralito porque, experta en el tema, tenía sus ahorros en una caja de seguridad. Y aunque de tanto en tanto sufre de ataques de pánico, prefiere no consultar por el momento, y se refiere a los mismos como parte del «costo argentino».

Hace ya tiempo que hemos robado el fuego sagrado y desafiado a los dioses. La realidad nos indica que el castigo continúa cumpliéndose de manera implacable. Ya no podemos devolver el fuego a Júpiter, se nos ha hecho imprescindible. Tendremos que ir por la caja, casi vacía, de Pandora.

Referencias bibliográficas

- Aulagnier, Piera. 1988. *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Guthman, Monique, et.al. 1992. «Sufrimiento y crisis frente a los cambios institucionales». Presentado en la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires.
- Kersner, Daniel. 1999. “Fin de milenio y subjetividad”. Presentado en el XV Congreso de Psiquiatría de la Asociación de Psiquiatras Argentinos, Mar del Plata.
- Laplanche, Jean y Poutalis, Jean Baptiste. 1972. *Diccionario de Psicoanálisis*. Santiago de Chile, Quimantú.
- Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM IV). 1995. Barcelona, Masson.

Publicado en revista Reflexión N° 29, ediciones CINTRAS, Santiago de Chile, julio 2002. Págs. 29-30.